

Teología de la ciudad: Dilemas entre la “gran ciudad” y la “Ciudad Santa”

Jhon Fredy Mayor Tamayo

Introducción

Hoy más que nunca la ciudad ha logrado convertirse en el epicentro de la civilización a la que todo confluye por sus múltiples conexiones. En la actualidad se habla de ciudades 5G, las cuales por medio de la tecnología conectarán todo (movilidad, trabajo, estudio), revolucionando por completo la economía, la empleabilidad y la movilidad, al mismo tiempo que zanjarán la deuda que el desarrollo industrial y tecnológico tiene con el medio ambiente y los ciudadanos más pobres (Porras, 2020). Existen ciudades piloto en España y China que en 2020 entrarán en esa nueva fase. Quienes apuestan por este nuevo paso de la ciudad, insisten en afirmar que lo hacen por el futuro y la sostenibilidad de las mismas pues se calcula que en 2050 la mayor parte de la población vivirá en ellas, y es preciso asegurar desde ya un lugar para todos.

De lo anterior, las grandes compañías, en especial las tecnológicas, confirman que la ciudad está lejos de desaparecer, por el contrario, apuestan por su crecimiento y una mejor organización para asegurar un mejor futuro para todos. Sin embargo, las tensiones geopolíticas en las que se encuentra el proyecto de ciudad 5G entre las potencias de Oriente y Occidente, ponen de manifiesto que también hay un deseo de control por la ciudad. Precisamente el historiador israelí Yuval N.

Harari (2016)¹ habló del control e influencia de las personas a partir de la tecnología; lo propio hizo el filósofo coreano Byung-Chul Han (Clarín, 2020), al expresar su preocupación por la llegada de un feudalismo digital, con la excusa de cuidar a los ciudadanos del COVID-19 que por este tiempo nos acecha.

Al parecer en el proyecto de la ciudad 5G está la futura salvación de la gran ciudad. No obstante, este megaproyecto suscita interrogantes, sobre todo en lo relacionado con la sostenibilidad de la ciudad, la conservación del medio ambiente y la superación de las desigualdades sociales. ¿Cómo lograría este desarrollo tecnológico superar tales cosas? Por el contrario, ¿este megaproyecto no agudizará más dichas problemáticas?

Al igual que las grandes organizaciones empresariales, el cristianismo también tiene un proyecto de ciudad según Ap 21,1-8, en el que todos los hombres puedan vivir en armonía y fraternidad sin necesidad de sufrir algún tipo de exclusión, sufrimiento o abandono por su condición social. La ciudad celeste que se vuelve terrestre en la visión apocalíptica, se presenta ante el cristiano como una realidad. Así las cosas, estamos ante dos propuestas de ciudad, que, aunque distintas, tienen su punto de encuentro: La realización del ser humano. Se trata entonces de ver a la luz de la fe lo que es y ocurre en la ciudad, lo que exige verla como un lugar teológico en el que Dios salva. Ver la ciudad desde esta perspectiva ayudará a entender que ella se mueve entre espacios de condenación y salvación, entre la explotación y el descanso, entre la realización y el fracaso, entre la vida y la muerte.

Las tensiones que tienen lugar en la ciudad han de ser lo que movilice a la acción cristiana, en pos de un lugar en el que todos puedan tener un espacio digno. Confrontar el proyecto de ciudad que tienen las grandes organizaciones empresariales, con el que tiene el cristianismo es una buena oportunidad para pensar la ciudad en términos diferentes a la productividad, el mercado y el desarrollo, donde el ser humano pasa a ser un medio y no un fin.

¹ Harari se pregunta por el futuro que depara a la raza humana con ocasión de los avances de la biomedicina, el desarrollo tecnológico y la inteligencia artificial.

Este texto comprende cuatro partes: la primera tiene como propósito indicar por qué la ciudad es un lugar teológico; la segunda presenta el rumbo que lleva la “gran ciudad” y algunos efectos que está teniendo dicho proyecto en la sociedad; la tercera comparte las actitudes y acciones que pueden hacer que la ciudad pase de ser “gran” a “santa/nueva”, lo que exige un trabajo en conjunto con las organizaciones; por último, las conclusiones recogen cuatro ideas finales sobre los desafíos del creyente para contribuir con la renovación de la ciudad.

Teología para la ciudad (y vi un cielo nuevo y una tierra nueva)

En la teología clásica no se incluyó la ciudad como *loci theologici*; sin embargo, ante los cambios que ha sufrido la ciudad en los últimos tres siglos con ocasión de la Revolución Industrial, la Ilustración, la modernización y el giro de una sociedad rural a una sociedad urbana, para la teología latinoamericana la ciudad se ha constituido en un lugar teológico (o lugar hermenéutico, según Scannone, 1994), en tanto que todo lo que acontece allí exige una lectura cristiana ya que “la ciudad, desde las denuncias del Génesis hasta la promesa del Apocalipsis, es un lugar teológico” (Susin, 2013, p. 348). En analogía a lo que propone Virginia Azcuy (2009), para la teología latinoamericana la ciudad es un lugar de revelación e interpelación, en la que se manifiesta el misterio salvador de Cristo y desde donde se interroga al creyente a un compromiso ético que propenda a la consolidación de una ciudad en la que también se puede concretar el plan salvífico de Dios.

Aunque una teología de la ciudad no es un planteamiento nuevo en el contexto latinoamericano, sí es un tema no suficientemente profundizado (Azcuy, 2009, p. 481), y que posiblemente ha quedado al margen de la reflexión teológica porque esta se ha concentrado más en la figura del pobre como lugar teológico (Costadoat, 2018)². Estudios al respecto se concentran en Inglaterra y Estados Unidos, con un enfoque en la

² Jorge Costadoat es uno de los autores que ha llevado a cabo investigaciones que pretenden conceptualizar el pobre como lugar teológico en el continente. En su texto recoge lo que él denomina contradicciones entre los teólogos de la liberación frente al tema.

pastoral urbana³, algo que también empieza a darse en Latinoamérica pero con menos fuerza (Galli, 2014, p. 33). Así las cosas, y frente a los desafíos que plantea la ciudad en la actualidad, es preciso dar una respuesta desde la teología y el método hermenéutico que ha caracterizado al quehacer teológico en el continente en las últimas cinco décadas, para analizar la situación actual de la ciudad y reconocer en ella un lugar (más no una fuente) que permita reconocerla como un espacio de realización (compromiso ético) y de salvación.

A pesar de la poca profundización del tema en el continente, se destacan trabajos como el de Comblin y Calvo (1971), que con su teología de la ciudad se constituye en pionero de esta reflexión. También están los trabajos de Joao Baptista (1996), Francisco Niño (1996), Virginia Azcuy (2009), Luiz Susin (2007, 2013) y Carlos Galli (2014). A nivel de instituciones eclesiales está el Documento de Medellín (CELAM, 1994), que reconoce el papel de las comunidades eclesiales de base en la ciudad; el Documento de Puebla (CELAM, 1979), donde se describen los desafíos que tiene la pastoral en la evangelización a partir de la nueva configuración de la ciudad (n.429-433); y el Documento de Aparecida (CELAM, 2007), que en su preocupación por la evangelización de la ciudad describe los desafíos que tiene esta pastoral en el contexto urbano (n.509-519).

Aunque no todos digan explícitamente que asumen la ciudad como lugar teológico, es evidente que ese principio está allí, porque el acercamiento y análisis que se hace de la ciudad en los textos tiene como presupuesto la cristología y la eclesiología, pues la preocupación por la ciudad no es una cuestión meramente sociológica sino misionológica, de ahí que todas desembocan en propuestas u orientaciones para la pastoral o evangelización de la ciudad.

³ Destacan: Urban Theology Group, Iglesia Anglicana de Canterbury - Inglaterra, que ha realizado estudios sobre el tema durante la década de los noventa; Teología urbana y globalización, Red Urbana de Comunión Anglicana - Inglaterra, que ha presentado publicaciones en el 2003; Urban Ministry, Westminster Theological Seminary, Philadelphia - EE. UU., que publicó un estudio en 2001 sobre el ministerio urbano; Constructive Theology Group - EE. UU., que ha publicado estudios sobre la espiritualidad en los escenarios urbanos, en 2004.

Acá es preciso destacar que la finalidad de la pastoral urbana no pasa precisamente por una preocupación doctrinal, de poder o de presencia dominante en la ciudad; en efecto, el asunto tiene que ver más en cómo la fe moviliza al creyente a un compromiso ético con la ciudad, lo que sin duda alguna exige una participación más activa y propositiva en todas las esferas de la vida social urbana, como lo expresa el Documento de Aparecida (n.509-519). Desde esta mirada, se podría decir que la pastoral urbana es el mecanismo eclesial para hacer presencia en la ciudad, pero desde el corazón de cada creyente, que inserto en la dinámica urbana del día a día busca vivir su fe con plena consciencia, en medio de los cambios y las transformaciones que afronta la ciudad y hasta las tradiciones y los valores.

La teología de la ciudad vislumbra una nueva ciudad en la que además de oportunidades, desarrollo y realización personal, el creyente-ciudadano también experimente la salvación, lo que constituye un reto para el teólogo y el pastoralista, en el anuncio de la buena noticia de Jesús y la consolidación del reinado de Dios en medio de las circunstancias cambiantes que caracterizan a la ciudad. Para lograrlo, se requiere de estrategia y profetismo. Estrategia, para diseñar propuestas de pastoral urbana de acuerdo con los desafíos de la ciudad moderna y secularizada del momento que exige nuevas dinámicas. Profetismo, para anunciar la salvación, pero también para denunciar prácticas sociales y urbanas que impiden la consolidación de ciudades en la que todas y todos puedan tener una realización integral (oportunidades y salvación) sin tener que renunciar a sus convicciones y creencias. Por su carácter profético, la teología de la ciudad ha sido llamada también una teología política (Susin, 2013, p. 343).

La teología de la ciudad (pastoral, profética, política) reconoce que el mensaje cristiano tiene un lugar en la ciudad y por tanto contribuye a la consolidación de una mejor sociedad, toda vez que la fe cristiana enseña una ética y transmite una esperanza. Una apuesta similar plasmó el vidente de Patmos en el Apocalipsis (cf. 21,1-8), al decir que Dios vive en la ciudad, con lo que introdujo una nueva comprensión de la ciudad en el escenario bíblico, la cual pasó de ser un lugar de condenación construida por un asesino (cf. Gn 4,17), a un lugar de salvación donde Dios habita entre los hombres. Lo interesante del texto

apocalíptico es que corresponde a una visión, a algo que está por suceder, a una promesa, lo que indica entonces que es algo en construcción; incluso se podría considerar como un proyecto en el que todos, cristianos y ciudadanos, contribuyen para hacerlo una realidad, confiados en esa promesa salvífica.

Asumir la ciudad como lugar teológico favorecerá tres cosas. Primero, re-interpretar la ciudad para verla como lugar de salvación, toda vez que allí hay oportunidades para la realización de la persona, las cuales no pueden ir en detrimento de su salvación. Segundo, que la ciudad es un proyecto en construcción y que por tanto no está construida del todo; es decir, lo que acontece allí puede ser susceptible de cambio si no está funcionando como se espera; que la teología de la ciudad sea una teología política favorece este ejercicio de ciudadanía, toda vez que permite ver la ciudad como un todo. Tercero, la ciudad es un territorio de vida, por lo que se necesita una pastoral urbana que se concentre en identificar escenarios donde la vida nace, para respaldarlos, visibilizarlos y replicarlos en otros espacios de la ciudad, de tal suerte que la vida abunde por todas partes como signo del cielo nuevo y la tierra nueva; el espacio litúrgico celebrativo de la comunidad es el lugar indicado para esto.

La “gran ciudad” ... (*“porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y el mar no existía ya”*)

La ciudad como epicentro de la cultura humana no es algo nuevo, se tiene conocimiento de los primeros asentamientos urbanos entre el 9000-7000 a.C.⁴ y el surgimiento de las primeras civilizaciones y la edificación de ciudades entre el 6000-2900 a.C. en Mesopotamia⁵. De ahí en adelante se establecieron ciudades por toda la media luna fértil hasta llegar a los imperios europeos (Grecia y Roma). De este último se dice que su capital en el siglo primero llegó a tener poco más de un millón

⁴ Francesc Ramis (2019), en su estudio arqueológico sobre Mesopotamia y el Antiguo Testamento, llama a este periodo Mesolítico, en el que “los cazadores-recolectores, originados en el Paleolítico, van adaptándose a la vida sedentaria, donde además de prácticas propias de la vida sedentaria, florece el comercio entre las regiones” (p. 35).

⁵ Ramis menciona seis civilizaciones que contribuyen a la evolución de la cultura en Mesopotamia durante el periodo del Calcolítico: Hassuna, Samarra, Halaf, El-Obeid, Uruk, Jemdet Nasr (pp. 38-49).

de habitantes, consolidando a Roma como la gran ciudad, en donde terminaba la vida rural y empezaba la nueva vida urbana y civilizada, caracterizada por el trabajo, la riqueza y la prosperidad. De ahí que el comercio, el mercado y el capital fueron los tres grandes pilares de desarrollo de la gran ciudad⁶.

El Apocalipsis, en la visión de los cuatro jinetes, la imagen de la bestia y la prostituta confirman la majestuosidad de la capital y la apuesta del imperio por consolidar una gran ciudad⁷, sin importar los efectos que este ambicioso proyecto pudiera tener en las poblaciones rurales conquistadas o en los habitantes que no compartieran ese proyecto urbano.

Por otro lado, mientras la gran ciudad surgía con toda su fuerza en Roma, en Israel nacía el movimiento cristiano, que poco a poco empezaba a extenderse gracias a la urbanización del imperio. Aprovechando las rutas marítimas, los puertos y las vías que conectaban las pequeñas poblaciones rurales con las ciudades intermedias del imperio, el cristianismo se fue expandiendo en la cultura romana, al punto de pasar de un movimiento de mil cristianos hacia el año 40 d.C. a cinco o seis millones en el siglo III⁸, dando vida no solamente a un nuevo movimiento religioso de los muchos que tenía el imperio sino más bien introduciendo una nueva ética en la vida urbana, lo que sin duda alguna trajo dificultades para los cristianos, que tenían que moverse entre una vivencia auténtica de la fe y las prácticas sociales del imperio.

Al respecto, Hurtado (2017) dice que el cristianismo primitivo rompió el molde cultural de su época, en el que la religión y la praxis social no están ligadas. De ahí que, para el cristianismo, “la praxis social y de conducta era un elemento fundamental en el compromiso religioso a sus seguidores” (p. 205).

⁶ Elsa Támez (1991) indica que la paz-seguridad, prosperidad y el impulso económico consolidaron el proyecto de civilización de Roma a costa de una gran afectación de los más pobres (pp. 66-75).

⁷ Támez (1991): “los dirigentes dedicaban grandes cantidades de dinero en construcciones de lujo, lo que disminuía los donativos acostumbrados a la población” (p. 71).

⁸ Larry Hurtado (2017), a partir de cálculos propuestos por diferentes estudiosos, habla de un crecimiento significativo de los cristianos en el Imperio Romano así: “mil cristianos hacia el 40 d.C., de siete a diez mil en torno al 100 d.C. y aproximadamente doscientos mil o más hacia el 200 d.C., llegando quizá a unos cinco o seis millones en torno al 300 d.C.” (p. 17).

La tensión que produjo el estilo de vida y la ética del cristianismo enfrentó a las comunidades tanto de la capital⁹ como de las provincias¹⁰ con el imperio. El impedimento de vivir en la ciudad de una manera diferente a la que imponía el imperio, llevó a los cristianos a hacer una lectura teológica de la ciudad a partir del mensaje de Jesús. Lectura que incluyó un ejercicio profético de doble vía: por un lado, la denuncia profética contra las políticas de muerte y de represión del imperio al querer imponer una sola ética urbana; y, por el otro lado, el deseo de tener una ciudad renovada (nueva) en la que desaparezcan la muerte, el dolor, la angustia y la enemistad¹¹.

Conscientes de la importancia de la ciudad y de las oportunidades que ofrece, los cristianos del siglo primero no se opusieron a ella, se resistieron más bien a la imposición de una sola manera de vivir, porque esta iba en contra de principios tan elementales como la vida, la fraternidad, el cuidado de los más pequeños y el amor¹². De ahí la oposición de los cristianos frente al proyecto de la gran ciudad, lo que trajo consigo no solo una postura teológica (y política, diría Susin) sino también un juicio ético a las acciones expansionistas, militares y económicas del imperio. Puede decirse que para los cristianos del primer siglo la ciudad como proyecto de vida social debía continuar, pero no como Roma lo estaba haciendo. La vida en la ciudad no podía ser solamente para quienes se ajustan a las políticas e intereses del imperio, también deben tener espacio los que viven y actúan de una manera diferente.

De lo urbano a lo megaurbano

Como ya se mencionó, “la ciudad, desde las denuncias del Génesis hasta la promesa del Apocalipsis, es un lugar teológico” (Susin, 2013);

⁹ Piénsese en la persecución a la comunidad de Marcos, que, asentada en Roma, sufre las consecuencias del incendio de Roma en tiempos de Nerón. De ahí la exigencia del Evangelio al seguimiento de Jesús en medio de un ambiente de caos.

¹⁰ La situación de las siete iglesias de Asia Menor, que describe el Apocalipsis en los capítulos 2 y 3, da cuenta de las dificultades que afrontan los cristianos con el imperio, que incluso les ha negado la posibilidad de anunciar el Evangelio (el vidente preso en Patmos). Por eso el llamado de Jesús a las iglesias es a permanecer fieles al Evangelio.

¹¹ Este doble ejercicio queda plasmado a lo largo del libro del Apocalipsis. De ahí que junto con Ariel Álvarez (2005) es posible decir que cuando el Apocalipsis habla de la Ciudad Santa, de la nueva Jerusalén, se refiere a una ciudad terrestre y no propiamente celeste.

¹² En su libro, Hurtado (2017) describe las cinco prácticas sociales y conductas de los cristianos que los diferenciaron de la cultura propiamente romana (pp. 205-256).

por tanto, es deber de la teología ocuparse de la ciudad, comprender sus procesos, fenómenos y políticas que la definen, de tal suerte que se pueda llegar a decir si la ciudad actual camina a consolidarse como la gran ciudad o la Ciudad Santa. Para esto es preciso considerar, primero, que la ciudad actual ha pasado del fenómeno urbano al fenómeno megaurbano, y segundo, que la cultura urbana ha adquirido nuevos referentes simbólicos de sentido¹³, dando origen a unos nuevos y, por ende, a una nueva cultura social: la secularización.

La “gran ciudad” de la que habla el Apocalipsis (cf. 16,19 y 17,4) podría ser cualquier ciudad en la que vive actualmente la mayor parte de la población del planeta. La ciudad del Apocalipsis se denomina “grande” no tanto por su extensión, sino más bien porque allí se ha consolidado un proyecto de sociedad que busca afanosamente el progreso, la riqueza y que cree ciegamente que esto se logra con el duro trabajo y la consolidación de la economía, además de salvaguardar los principios soberanos del imperio.

Como cualquier otra ciudad de la antigüedad, la ciudad moderna y secularizada de hoy centra su preocupación en la generación de empleo, la economía y el desarrollo; de hecho, son esos aspectos los que suscitan la migración de las personas del campo a la ciudad.

Aunque se podría decir que la lógica de la ciudad responde a un elemento de sentido común, propio de la dinámica y la sostenibilidad de la misma, es preciso considerar que, por buscar convertir a la ciudad en algo grande, ella ha quedado atada a la funcionalidad y la utilidad, porque “en la modernidad todo se somete a los criterios de lo útil” (Baptista, 1996, p. 17). De ahí que todo lo que pueda contribuir al progreso y al desarrollo tiene espacio en la ciudad, lo demás queda relegado a la periferia, con lo que se acrecienta la brecha social entre las personas.

Así las cosas, si se es útil, entonces se tiene un espacio en la ciudad y se participa de los beneficios que da el progreso; y entiéndase por progreso un compromiso con el trabajo arduo y productivo, lo que

¹³ Alfonso Álvarez (1992), citando a Kaufmann, indica que la modernidad ha dado un cambio en sus referentes simbólicos (cristiano-eclesiástico) de sentido, para orientar los procesos en otros ámbitos de la existencia (economía, ciencia y política) (p. 20).

convierte a esta acción como lo más importante de la vida en la ciudad y a lo que se entrega la mayor parte del tiempo.

En la gran ciudad el trabajo ha dejado de ser una acción necesaria para la subsistencia diaria a una obsesión enfocada al progreso, alimentando intereses efímeros que duran poco y que dan origen a otros fenómenos sociales como el consumismo y los intereses individuales.

Como el trabajar arduamente deja poco tiempo a las personas para el descanso, el compartir en familia y la trascendencia, entonces el supermercado, el centro comercial, los escenarios deportivos o artísticos han asumido el lugar del templo y de cualquier otro símbolo religioso que se le parezca. Por su producción económica y la distracción social de entretenimiento que ofrecen al urbanita, esos lugares adquieren mayor importancia y representación.

De la misma manera como el Imperio Romano entretenía a sus ciudadanos con espectáculos y pasatiempos, hoy las ciudades, dominadas por el mercado y el capital, hacen lo mismo a expensas de grandes beneficios para sus creadores. Esta misma dinámica de la sociedad representa un serio peligro para su sostenibilidad, porque en una sociedad donde no se potencie el encuentro y los vínculos con los otros, y se favorezcan más bien los intereses individuales (ocio, pasatiempos, *hobbies*), no es posible construir comunidades que asuman compromisos sociales en beneficio de todos, a pesar de las diferencias.

Es cierto que en las ciudades actuales hay muchos más espacios de encuentro de los que pudieran existir antes, pero la verdad es que esos espacios no son para crear comunidad sino para satisfacer intereses individuales y que suelen ser lucrativos. La cultura del encuentro que ha propuesto el Papa Francisco¹⁴ cobra mayor sentido cuando se entiende la finalidad de los espacios que propone la gran ciudad.

Como se puede ver, el paso de lo urbano a lo megaurbano ha tenido efectos sociales significativos en la configuración de la nueva vida

¹⁴ Para el Papa Francisco, la fe es un encuentro con Jesús, por eso debemos hacer lo que Él hacía: encontrarnos con otros. F. Javier de la Torre (2018) describe ampliamente en qué consiste esta propuesta.

urbana, entre los que, por un lado, se cuentan la interconexión y la expansión de la ciudad¹⁵, lo que permite recibir más y más personas; el rediseño de espacios urbanos que buscan estar en armonía con el medio ambiente; y el surgimiento de diversos colectivos sociales, que aunque minoritarios, van ganando reconocimiento. Y, por el otro lado, está el creciente asentamiento de un gran número de personas en espacios reducidos, la inseguridad, la frialdad en las relaciones humanas, la pérdida del sentido de la comunidad y la automatización de las grandes fuentes de empleo a partir del acelerado desarrollo de la informática y la inteligencia artificial.

Lo anterior da cuenta del riesgo al que se enfrenta la gran ciudad, que en su crecimiento ilimitado y por estar dominada por la productividad y la utilidad, pone en peligro los mismos principios que sustentan la existencia de la ciudad, como la empleabilidad y el desarrollo. Si lo urbano es cautivador para las personas, porque ofrece oportunidades, es preciso que ante situaciones como las descritas, las organizaciones (públicas y privadas), que son las que controlan la economía, el mercado, el capital y los destinos de la ciudad, se detengan a pensar si el proyecto de la gran ciudad va por el camino correcto o necesita tomar otro rumbo. Y en este punto es preciso que se considere el aporte de la teología.

La crisis de lo humano en la gran ciudad

Como ya se indicó, la gran ciudad secular se caracteriza por la interconexión (al punto de que cada vez existen menos fronteras entre lo urbano y lo megaurbano) y la capacidad de albergar muchas más personas a partir de diseños urbanísticos verticales y reducidos. Lo anterior se puede observar en la creación de sistemas masivos para la movilidad de las personas, en megacolegios y ciudadelas universitarias que albergan miles de estudiantes, centros industriales que agrupan diversas industrias, grandes escenarios deportivos y culturales e incluso megas Iglesias. Podría decirse que por estar más cerca el uno del otro, a los habitantes de la ciudad se les facilita la creación de vínculos estrechos

¹⁵ Hoy se habla de ciudades dormitorio, las cuales corresponden a ciudades pequeñas que están muy cerca de ciudades capitales y que, al estar conectadas por autopistas, favorecen la movilidad de las personas para el trabajo y el desplazamiento diario.

de fraternidad, solidaridad y empatía, los cuales a la hora del encuentro comunitario son vitales para la salud mental y social de las personas.

Así las cosas, al parecer en la gran ciudad están dadas las condiciones y los espacios para que las personas logren consolidar una gran comunidad urbana a partir de los sentimientos compartidos en el día a día. Sin embargo, contrario a lo que se espera, en la ciudad esto no es algo que suela ocurrir. Si bien las personas están cada vez más cerca físicamente, no lo están sentimentalmente.

La cercanía física en realidad es una distancia emocional que separa a las personas, por lo que no logra despertarse la empatía. De ahí que el sufrimiento o la necesidad del otro se convierten en experiencias personales que los demás desconocen y que al parecer tampoco están interesados en conocer; es como si el otro no existiera. Con lo expresado no pretendo decir que las personas no quieren entrar en contacto con los demás y mucho menos crear vínculos. Creo que la dificultad no somos nosotros, más bien es la dinámica misma de la ciudad, que, al moverse entre trabajo arduo, progreso y utilidad, nos desgasta y nos hace entrar en un estado de individualidad. Allí puede radicar el fenómeno social de pequeños grupos alrededor de una causa, un *hobby* o un interés personal.

Si el progreso¹⁶ que ofrece la gran ciudad crea una dinámica de agotamiento físico, desgaste mental, ocupación permanente y aislamiento entre las personas, y si el resultado de esto es la falta de empatía y el individualismo, es preciso decir que lo humano está en crisis. Y si lo humano está en crisis también lo está la ciudad, a pesar de su alta productividad, riqueza y desarrollo. De hecho, estudios actuales, con ocasión de la pandemia y el aislamiento social, confirman lo anterior: Por un lado, está lo que ocurre con las personas en condición de teletrabajo, quienes están dedicando más tiempo a su trabajo que el acostumbrado, lo que ha sumido a unos en el estrés y el aburrimiento laboral; y los que no tienen empleo están experimentando angustia, soledad y depresión. Al parecer, todos pasan por momentos difíciles, y seguramente que puede ser algo normal en un momento como este.

¹⁶ Para muchos ciudadanos, aun laborando arduamente día a día, el progreso es algo inalcanzable; para muchos de ellos el asunto es más de subsistencia.

Pero valdría preguntarse, ¿por qué esta situación de sobreesfuerzo laboral y de soledad/depresión?, ¿acaso no hay comunidad urbana?¹⁷. Es posible que no la haya porque carecemos de vínculos, de empatía, de cercanía, de encuentro. Ante esto es preciso que los creyentes demos razón de nuestra fe y de nuestra esperanza a partir de nuestra ética y nuestra conducta, como lo indica Hurtado (2017). Y como estamos en una coyuntura particular con la pandemia, tendríamos que testimoniar la fe con la caridad y las obras de misericordia, como siempre lo ha hecho el cristianismo¹⁸.

Junto a la crisis de lo humano en la ciudad, habría que ubicar la crisis ecológica, la cual cada vez cobra más fuerza en las grandes ciudades a causa de la contaminación que producen la industria, la movilidad, el sector de la construcción y sus proyectos de expansión a zonas verdes y corredores ecológicos. Aunque existen políticas que buscan dar el paso a industrias azules o verdes, lo cierto es que todavía no logramos salir del esquema tradicional de producción; lo mismo sucede con la expansión de la ciudad a corredores verdes y el rediseño urbanístico de construcciones en armonía con la naturaleza, así como el aumento de zonas verdes en lugares estratégicos de la ciudad. Lo cierto de todo eso es que la mayoría de políticas o propuestas se quedan sin presupuesto o se los saltan por medio de prácticas de corrupción. Y mientras esto pasa, las ciudades se contaminan más, se vuelven más artificiales y menos naturales, lo que pone en riesgo el abastecimiento¹⁹, para todos los ciudadanos, de recursos básicos como el agua o el aire limpio. Pareciera que por la gran ciudad todo se puede sacrificar, hasta lo que es esencial para todas y todos²⁰.

¹⁷ El Documento de la Conferencia de Puebla (CELAM, 1979) ya mencionaba este aspecto y manifestaba su preocupación por los trastornos en los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia (DP 431).

¹⁸ Rodney Stark (2009) dice que uno de los factores que contribuyó al crecimiento del cristianismo fue la actitud de los cristianos en tiempos de epidemias. A juicio del autor, el imperio no logró hacer frente a la caridad y las obras de misericordia de los cristianos con los enfermos, de los cuales muchos no eran ni familia ni cristianos.

¹⁹ Un ejemplo de esto en Colombia es la ciudad de Medellín, la cual, según estudios de ambientalistas y urbanistas, por estar densamente poblada ha llegado al límite para el abastecimiento de agua potable para sus ciudadanos. De seguir creciendo (verticalmente) no tendría cómo garantizar ese recurso para todos sus habitantes.

²⁰ Ya el Documento de la Conferencia de Puebla (CELAM, 1979) expresó su preocupación por la ciudad y los cambios que trae consigo el tener megápolis (DP 429-433).

Si quisiéramos una alternativa a la crisis de humanidad y ecología que tiene la ciudad, el pensamiento de Agustina Luvis (como se citó en Fernández, 2014) sería una alternativa: “si nuestra ciudad no nos permite pensar, entonces es tóxica y necesita revisión, pero si nuestra ciudad no nos permite amar, entonces no hay nada que buscar ahí” (párr. 14). Aunque Luvis tiene razón, abandonar la ciudad sería una forma de renunciar a la esperanza salvífica y de renovación que el vidente de Patmos expresó en el Apocalipsis. Más bien, a lo que nos desafía la situación es a influenciar la gran ciudad con la ética y los valores cristianos.

Como los cristianos del primer siglo, es preciso leer e interpretar lo que acontece en la gran ciudad, de tal suerte que se desenmascare la falsa publicidad que venden los poderes que la controlan, y manifestar el descontento por el camino hacia donde se dirige la ciudad. Hay que recordar que la ciudad es el espacio, las organizaciones (privadas o públicas) los instrumentos que la movilizan y los ciudadanos son quienes le dan sentido y valor, por eso lo fundamental es la comunidad y los vínculos que la consolidan, por eso el progreso, el desarrollo y la economía no pueden estar por encima de eso.

Según lo dicho hasta aquí, es válido agregar que, a pesar de todas sus miserias, aciertos y desaciertos, la gran ciudad sigue siendo atractiva, mágica. Cabe preguntarse: ¿qué encuentran las personas en la ciudad que las seduce y les hace querer estar allí?

**La Ciudad Santa como espacio de salvación para todos...
(“Los cobardes, los infieles, los abominables, los homicidas,
los fornicadores, los hechiceros, los idólatras y todos los
embusteros...”)**

La postura a la vida en la ciudad fue de resistencia por parte del judaísmo y del cristianismo primitivo; al parecer la negación estaba en torno a los valores que se configuran en la ciudad (cooperativismo competitivo), los cuales rivalizan con los valores de la vida agraria (cooperativismo solidario). De ahí que la tensión entre el campo y la ciudad será un tema recurrente en la Biblia hebrea, porque el asunto va más allá de oponerse o no a un nuevo modelo de sociedad.

En realidad, como dice Dietrich (1999): "la confrontación entre pastores y ciudades-estado configura los dos sistemas políticos y teológicos que se oponen" (p. 29). No obstante, el cristianismo del primer siglo logrará ver en la ciudad un nuevo espacio salvífico, así: "el movimiento cristiano, nacido en provincias, en torno al lago y en las campiñas de Galilea, se convierte en un movimiento ciudadano, más dúctil e independiente" (Segalla, 1989, p. 125).

A partir de la nueva comprensión de la ciudad, esta se convierte para la teología (especialmente en Latinoamérica) en un signo de los tiempos, por lo que es preciso ocuparse de ella e intervenirla, toda vez que necesita ser renovada. Precisamente la palabra "nueva" que utiliza Ap 21,2 para hablar de la nueva Jerusalén, en griego no es neos sino "kainos", indicando que la ciudad que viene o nace del cielo ha sido renovada o refrescada. Pero la ciudad renovada no es un lugar para todos, como podría esperarse; el mismo Apocalipsis señala que hay un grupo de personas que no podrá estar en ella por sus comportamientos, los cuales podrían ser los mismos de quienes hoy viven en la ciudad.

Pero si la ciudad es un lugar salvífico, entonces ha de ser para todos, la renovación no puede ser solamente física y de espacios, sino también de las personas que la habitan, porque solo así es posible una nueva ciudad. A pesar de esta posible segregación de la nueva ciudad, el mismo texto ofrece una posibilidad de inclusión al decir que el tamaño de la ciudad no se corresponde con la extensión de las murallas (Ap 21,16-17). Observemos:

<p>Dimensión de la ciudad: 12 000 estadios. Esto es equivalente, en medidas actuales, a 2222 km. De las 20 ciudades más grandes del mundo, solo dos llegan a tener esta extensión: Delhi, en la India, y Seúl, en Corea del Sur.</p>	<p>Extensión de la muralla de la nueva ciudad: 144 codos. Esto es equivalente, en medida actual, a 77 metros.</p>
---	--

Aunque no se puede obviar la simbología aritmética del pasaje (12 000 y 144), la cual apunta a un principio de eclesialidad en la ciudad (apóstoles y comunidad), hay que considerar los datos de dimensión y extensión, que permiten pensar que la nueva ciudad, a pesar de la muralla y las puertas (12), es un lugar sin restricciones para el acceso. Muralla y puertas, aunque tienen un rol simbólico, no están puestas para ser omitidas, seguramente el acceso tendría que ser por alguna de ellas, lo que sería un indicador del compromiso de quienes deciden ingresar a ella. Si aplicamos el principio evangélico de la puerta (estrecha), sería signo de una conversión y de una nueva vida en la ciudad. Y entiéndase por conversión el cambio de actitudes y valores de la gran ciudad que no riman con la Ciudad Santa.

Así las cosas, ¿qué prácticas y acciones de la comunidad creyente pueden ayudar en este proceso de renovación de la ciudad? Apelando a la naturaleza del Apocalipsis, considero que la celebración litúrgica de la comunidad y la pastoral (urbana) que deriva de allí es el espacio para pensarse la ciudad e intervenirla.

La celebración litúrgica como espacio para pensar la ciudad

De lo mucho o poco que se pueda decir del Apocalipsis, para los estudiosos es evidente el carácter litúrgico que recorre el libro de principio a fin. Aunque los autores no logran “encontrar la estructura del libro de una manera coherente”, porque al parecer el Apocalipsis resulta “ser un libro que se resiste a tal domesticación” (Rusell, 2000, p. 2), el consenso es que la profecía del libro está ambientada en un escenario celebrativo de las comunidades del Asia Menor, desde donde brota un grito de cambio y de renovación que lleva implícito un fuerte deseo de resistencia. De ahí que “el marco litúrgico impregna las páginas de la profecía desde un comienzo” (Rusell, 2000, p. 1) hasta el final (Ap 22,1-22).

Alcácer (2015), consciente del ambiente litúrgico del libro, se concentra en los nueve himnos que componen el texto, para decir que en ellos la comunidad cristiana confiesa que “la resurrección de Jesucristo es el juicio de Dios frente a sus enemigos, y a ella se asocian en la

celebración litúrgica, los que se injertan en Él por la fe" (p. 16). Los himnos no son simplemente plegarias o cantos, en realidad son mensajes que buscan confrontar la realidad establecida en ese momento de la historia, y todo esto ambientado en la liturgia. Noguez (2019) también manifiesta que la finalidad de la celebración litúrgica en el texto y en la comunidad que lo escribe es: ¡Resistir! De ahí que "el Apocalipsis cultiva la conciencia religiosa de las comunidades, alentándolas a celebrar su fe para resistir al imperio" (p. 179).

El culto cristiano en sus orígenes tiene un carácter contestatario pues "las liturgias instruyen, consuelan y cultivan la esperanza en la justicia de Dios. Así se estimula la resistencia espiritual de los cristianos a las seducciones del culto romano y a las prácticas socio-culturales del imperio" (Noguez, 2019, p. 184).

Vanni (1998) describe el Apocalipsis como la muestra de cómo una comunidad en un ambiente profundamente litúrgico interpreta la historia. A partir de esa particularidad, el autor expresa que: "el Apocalipsis es un libro destinado a la lectura litúrgica. Es la asamblea eclesial, adecuadamente preparada y ejercitada, la que realiza de manera intuitiva y existencial la más alta síntesis posible entre la forma de inteligibilidad y la materia concreta" (pp. 27-28).

Considerando el carácter litúrgico del Apocalipsis y el mensaje de resistencia que de allí emana, es preciso mencionar que la liturgia no es algo pasivo y mucho menos hace las veces de paliativo o somnífero para mantener al creyente alejado de la realidad de opresión que viven las iglesias dentro de la ciudad-imperio; y mucho menos lo es de resignación frente a las políticas de control del opresor; por el contrario, es en la liturgia donde se alimenta un deseo de liberación y renovación. Y es tan fuerte ese deseo humano expresado en la liturgia, que "Dios hace suya esta aspiración y la toma tan en serio que parece como si retara al hombre a soñar; él realizará siempre más aún de lo que el hombre pueda concebir: «Vi entonces un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y el mar ya no existía» (21,1)" (Vanni, 1998, p. 129).

En efecto, la celebración litúrgica se convierte para las comunidades apocalípticas en el espacio para pensarse la ciudad en otros términos

(imaginarios y posibilidades), distintos a los que el imperio le quiere imponer. Ver la Ciudad Santa es la imagen que describe el sueño del vidente, tanto para su comunidad como de quienes viven allí y sufren junto con los cristianos los efectos de tener una gran ciudad²¹.

La liturgia en el Apocalipsis no pretende solamente mantener viva la fe y la esperanza de la comunidad cristiana en el resucitado e integrarse a su pascua, también busca avivar ese deseo de renovación que es muy propio de la apocalíptica en tiempos de crisis. El carácter de esta liturgia apocalíptica es retador para el creyente y pretende llevarlo a ir más allá, al punto que, “para creer en una verdadera renovación y llevarla a cabo, es menester tener el coraje sereno del anticonformismo, que permite sacudir todas esas adherencias de vejez que se van depositando insensiblemente en nosotros” (Támez, 1991, p. 133). La celebración litúrgica ha de avivar en el creyente el deseo de una ciudad nueva, renovada y santa, para lo cual es preciso manifestar el desacuerdo con el rumbo que lleva la gran ciudad y darle un giro diferente. Recordemos la imagen, el autor no solo vio la ciudad en el cielo, además, la vio descender hasta llegar a instalarse entre nosotros.

En síntesis, la celebración litúrgica no es un recuerdo, un símbolo o un rito al que se acude como parte de una tradición; en realidad ella es el corazón de la comunidad, donde se toma conciencia tanto del acto salvador de Cristo como del papel protagónico que se tiene en la sociedad pues la Iglesia tiene dos dimensiones: la interna, como esposa de Cristo, y la externa y social, que la compromete con la transformación de la realidad, de ahí que Ariel Álvarez (2005) insista en que la nueva Jerusalén es una ciudad-litúrgica terrestre y no propiamente celeste. Aquí es preciso comprender que la liturgia terrestre celebrada por la comunidad se une a la liturgia celeste, y el punto de encuentro es la ciudad. Lo anterior confirma lo dicho en el primer apartado de este texto, que la ciudad es un lugar salvífico, toda vez que es allí donde se concreta el plan salvador de Dios. Por tanto, el lugar de la celebración litúrgica también es el espacio para pensarse la ciudad, analizar lo que ocurre en ella y decidir la mejor manera de intervenirla.

²¹ “la urbanización del imperio perjudicó tanto a los pobres del sector rural como a los pobres de las ciudades” (Támez, 1991, p. 71).

La pastoral urbana y su aporte en la transformación de los contextos urbanos

Es necesario comenzar este último apartado reconociendo el trabajo de Carlos Galli (2014) en la consolidación teórica y práctica de la pastoral urbana en el continente, su obra *Dios vive en la ciudad* recoge lo que ha sido la pastoral urbana en el continente y lo que se busca con ella. Precisamente dice él que “la pastoral urbana es la acción evangelizadora de la Iglesia en, desde y para los hombres y pueblos que viven en las culturas de las ciudades” (p. 39). Por medio de la pastoral la Iglesia entra en la cultura de la ciudad y pone de manifiesto que la buena noticia del Evangelio siempre puede decir algo a la sociedad.

Teniendo en cuenta la idea anterior, se puede decir que el objetivo de la pastoral urbana es comunicar la fe (esperanza) y la ética (valores y tradiciones) que configuran la identidad cristiana, en medio de la cultura urbana, que secular y globalizada, necesita, para no perderse entre la apuesta por construir una gran ciudad (próspera y desarrollada), asegurar las condiciones necesarias para que todos los ciudadanos disfruten de tales beneficios. Esa apuesta de ciudad integral, en la que todos disfrutan de sus beneficios, es también el deseo de Dios. Hacer pastoral en, desde y para los hombres y pueblos de la ciudad, lleva implícita la intención del cristianismo por compartir una visión de ser humano y de hábitat, tanto con quienes lideran los destinos de la ciudad como de quienes viven y hacen parte de ella.

Aunque la preocupación por la ciudad y lo que acontece en ella no es nueva en la Iglesia latinoamericana —ya el Documento de Puebla delineaba el desafío de la evangelización en la ciudad-urbano-industrial (DP 429) y lo retomaba el Documento de Aparecida cuando trazaba los desafíos de la pastoral urbana (DA 509-519)—, es cierto que ambos desafíos aún siguen vigentes, pues evangelizar la ciudad y la cultura es una tarea inconclusa por lo dicho ya, en lo que respecta a la gran ciudad. El paso de la gran ciudad a la Ciudad Santa aún no es una realidad, sobre todo cuando la lógica de las ciudades actuales parece no responder al plan de Dios y mucho menos el sueño de la comunidad creyente. Y como no podemos sentarnos a esperar que esto ocurra sin que nosotros hagamos algo, me permito proponer algunas ideas que, aunque no

resulten muy novedosas, requieren de una conversión pastoral como lo indicó el Documento de Aparecida y de una contextualización de acuerdo con lo que se vive en la ciudad.

Ciudades en que los hombres puedan entrar en comunión. La ciudad moderna está llena de nuevos y mejores espacios donde se dan cita multitudes que llegan allí movilizadas por intereses personales. Sin embargo, a pesar de sus muchos espacios para la interacción, la ciudad no logra que los ciudadanos entren en comunión, de hecho, cada vez más el individualismo y la falta de empatía es más fuerte en la ciudad. Aquí es preciso considerar, junto con Castagna (como se citó en Galli, 2014) que “el gran desafío de la pastoral urbana es lograr que los hombres entren en comunión y contribuyan a la construcción del tejido social” (p. 196). Se trata, entonces, de que la pastoral urbana aproveche los nuevos y variados espacios que ofrece la ciudad para el encuentro y desde allí genere estrategias que puedan contribuir a la comunión entre las personas.

La pastoral urbana, como acción evangelizadora de la Iglesia en la ciudad, no ha de procurarse más y más templos para que las personas los llenen; en efecto, una estrategia así probablemente no funcionaría. En la ciudad la configuración de los espacios sagrados ha cambiado, por eso, a ejemplo de Pablo, hay que aprovechar los nuevos areópagos de la modernidad. Desde allí también se debe anunciar la buena noticia.

Muchos de los espacios que ofrece la ciudad se han convertido en la cuna donde nacen pequeños colectivos grupales que se movilizan por un interés particular, me refiero aquí a grupos que defienden la naturaleza y el medio ambiente, protectores de animales, entre otros, o grupos que a partir de un *hobby* se encuentran y comparten intereses, ya sean deportivos, musicales o comerciales.

En estos espacios las personas suelen encontrar acogida y compañía, e incluso en algunos se logra crear una comunidad que, aunque tiene como distintivo el interés particular, se constituye como tal. Valdría considerar aquí las preguntas que plantea Azcuy (2009) sobre el desafío de la pastoral urbana: “Cómo hacerse presente en los resquicios,

espacios cotidianos y lugares de desplazamiento de los ciudadanos; cómo pensar los espacios físicos y geográficos de la ciudad como lugares de experiencia de lo sagrado” (p. 499). De seguro estas preguntas pueden resultar valiosas en este deseo de pensarse la ciudad.

Es importante descubrir en dichos grupos y colectivos un potencial que puede contribuir a la comunión entre los ciudadanos y a la construcción del tejido social. La pastoral urbana necesita llegar a estos grupos y espacios, de tal suerte que pueda movilizar esos intereses individuales a unos comunes que favorezcan a toda la sociedad. Valga decir que no se puede esperar la invitación; a ejemplo de Jesús, hay que salir al encuentro, caminar con ellos, escucharlos, compartir la Palabra, sentarse juntos a la mesa y compartir el pan, con la seguridad de abrir juntos los ojos a una nueva realidad y empezar a soñar juntos la nueva ciudad.

El Reino de Dios en la Ciudad Santa. Hemos de reconocer algo: el hombre y la mujer de la ciudad están cansados y agobiados por el acelerado ritmo de la ciudad que tiene como lógica de vida el trabajo y la productividad, lo que ha sumergido a muchos en el círculo del consumismo, el ocio y la mercantilización. Una ciudad en la que el trabajo no es para la dignificación y el desarrollo integral de la persona sino más bien para mantener el mercado; no es lo más deseable, pues una sociedad que se mueve por la rentabilidad y el dinero está más cerca de la codicia y la avaricia que de la fraternidad y la solidaridad, lo que convierte al cooperativismo —actitud de los ciudadanos que sostiene una ciudad— en algo salvaje y competitivo y no propiamente solidario.

La gran ciudad necesita saber que hay otra forma de vida urbana que puede darnos libertad y descanso, comunión y fraternidad, reconocimiento y valoración de sí mismos, desarrollo integral y prosperidad para todos. ¿Qué puede darle a la gran ciudad, urbana, moderna y secularizada, esa nueva dirección? ¡El Reino de Dios! Más allá de hacer una descripción teórica de lo que es el reino, tan solo basta decir que Reino de Dios es todo aquello que contribuye a engendrar vida, y vida en abundancia para todos, que es de lo que carece la gran ciudad. Precisamente los desafíos de la pastoral urbana que presenta Aparecida, nos trazan un camino “para descubrir en ellas los ‘indicios de vida’, los

'gérmenes del reino'" (Azcuay, 2009, p. 499), porque la gran ciudad no es solamente un lugar de injusticias y muerte, también es un lugar donde la vida se abre paso a cada instante, venciendo a la muerte.

El gran desafío de la Ciudad Santa es que en ella se puede realizar el Reino de Dios. Por lo que la apuesta fundamental de la pastoral urbana no es el regreso a prácticas religiosas que ya no son comprensibles ni compatibles con el ciudadano de las grandes urbes que vive en una era digital, industrial, moderna y secularizada. Siendo la esencia del Reino de Dios una experiencia de vida integral que imprime sentido a la existencia del ser humano y que revitaliza todo a su alrededor, es preciso enfocar todos los esfuerzos de la pastoral urbana, primero, para encontrar experiencias comunitarias que viven bajo esta experiencia, aprender de ellas, caminar a su lado y, si es el caso, acompañarlas y potenciarlas; segundo, enfocar todo el trabajo pastoral hacia esta finalidad evangélica. La meta es encontrar "indicios de vida en las encrucijadas de la ciudad" (Azcuay, 2009, p. 494), que les permitan a las personas ver en la ciudad un lugar de salvación y no de condenación.

Pastoral urbana y las organizaciones. La transformación de los contextos urbanos, de espacios de opresión que sirven a los intereses del mercado y del capital, donde la vida, el tiempo y las ilusiones de las personas se mercantilizan, a espacios de liberación que buscan el bienestar de todos gracias a la comunión de las personas, donde la vida y la integridad están por encima de la productividad y el desarrollo, es una labor que no puede realizar individualmente la Iglesia. La reflexión teológica y pastoral sobre la ciudad aquí planteada pone de manifiesto la sentida necesidad de un trabajo mancomunado entre la teología y las organizaciones en pos de una ciudad en donde la vida, los deseos de realización de las personas y la sostenibilidad integral sean lo más importante.

El trabajo cooperativo y solidario es una necesidad cada vez más urgente porque el ritmo acelerado de la ciudad (automatización y aglomeración) va configurando con más esfuerzo sistemas de poder y estilos de vida cada vez más arraigados en el interior de ella, que pueden impedir esta gran apuesta de transformación.

El interés por ciudades más humanizadas y sostenibles es un deseo tanto de las organizaciones como de la teología, porque si bien el

interés puede ser diferente, la finalidad es la misma, ya que mientras a las organizaciones les interesa una ciudad sostenible que pueda garantizar la vida dignamente, para la teología ese logro es lo que permite decir que la ciudad es un lugar salvífico. Aunque el carácter profético de la Iglesia puede enfrentarlas, sobre todo cuando las prácticas de las organizaciones²² no permiten que la ciudad sea un lugar de realización para todos, es necesario el trabajo conjunto.

El trabajo mancomunado de la teología y las organizaciones es pos de una Ciudad Santa/salvífica, de una ciudad próspera y desarrollada, es tan necesario que sin el apoyo del otro ninguna tendría éxito. Que los hombres entren en comunión y construyan tejido social; que se conozcan y se potencien los espacios de la ciudad donde brota la vida, es algo que sin duda alguna beneficia a todos. De seguir el proyecto de la gran ciudad, la sostenibilidad de la misma estaría en riesgo y el lugar en el que Dios ha decidido vivir con los hombres ya no sería una realidad. Así las cosas, todos perderíamos. Es el momento de emprender acciones conjuntas que nos permitan salvar el lugar en el que todos hemos visto una esperanza de vida.

La vida en la ciudad es un proyecto que difícilmente se puede abandonar; de hecho, cada vez llegan más y más personas a las ciudades provenientes del campo o de pequeños poblados, por diversas razones, que van desde encontrar más y mejores oportunidades laborales, de estudio, de salud, diversión y hasta seguridad, como en el caso de Colombia, por los desplazamientos a causa de la violencia. Sin embargo, muchos de los que llegan a la ciudad se encuentran con dos realidades distintas: la que traen en su imaginario y la real. Pero a pesar de esa dura realidad, el regresar al campo no es una posibilidad sino más bien un lujo que pocos se pueden dar. Dado que la gran mayoría debe enfrentarse a la dura lógica de utilidad y productividad, desarrollo y progreso, mercado y capital, de la gran ciudad, es preciso humanizar esas lógicas, de tal suerte que sea posible pensarse otro tipo de ciudad.

²² Entiéndase por prácticas de las organizaciones: Corrupción estatal, represión social, destrucción de los recursos naturales, injusticia salarial, abusos laborales, ente otros.

Para la comunidad cristiana el espacio para pensar una ciudad más cercana a la Ciudad Santa y salvífica que describe el Apocalipsis está en la celebración litúrgica, en este espacio la comunidad comprende que la ciudad es un nuevo espacio sagrado en el que Dios salva. Movilizada por la fe y la esperanza, la comunidad se introduce en la cultura de la vida urbana y comunica con su vida lo que cree, al mismo tiempo que interviene y toma partido en las decisiones de la ciudad, como lo pide Aparecida, en especial en las organizaciones (públicas y privadas) que configuran la ciudad. Se trata de que, a partir de la ética y la espiritualidad, que devienen del Evangelio, los creyentes introduzcan una nueva lógica en esas instituciones, que ayude a superar la postura dominante y se contribuya con la renovación de la ciudad.

Conclusiones

Bíblicamente la ciudad es una novedad porque no está en las páginas iniciales de la Creación. En ese sentido, que el Apocalipsis termine con la visión de una ciudad renovada (kainos) en la que es posible la vida según el deseo de Dios, nos indica que la dirección de la Revelación nos conduce hacia allá. Consolidar una ciudad renovada es el desafío para el cristianismo de todos los tiempos. De ahí que una teología de la ciudad ha de ser en definitiva una teología política que tenga en cuenta los aportes, esfuerzos, luchas y apuestas de todos los ciudadanos. Por eso la ciudad renovada no puede dejar a ninguno por fuera o impedir el ingreso de quienes construyeron la gran ciudad, incluso ellos tienen la posibilidad de entrar en comunión con los demás hombres y construir tejido social.

El paso de una gran ciudad en la que vivir dignamente se vuelve un privilegio de pocos a una Ciudad Santa en la que puedan vivir dignamente todos, empieza por dos acciones concretas: Asumir la ciudad como lugar teológico y acompañar el ritmo de la ciudad.

Lo primero nos pone frente a un cambio de paradigma cristiano, en el que pasamos de ver la ciudad como un lugar donde vivimos a un lugar donde nos salvamos, porque se comprende que la nueva Jerusalén, la Ciudad Santa, está aquí entre nosotros y no es propiamente celeste.

Lo segundo nos pide un cambio de lógica frente a lo que debemos hacer en la ciudad. Además de trabajar, estudiar, divertirse y descansar, la ciudad es un gran espacio de misión donde hay que anunciar el Evangelio, teniendo en cuenta sus dinámicas actuales. Acompañar el ritmo de la ciudad no es alinearse a su ritmo de productividad y desarrollo imparabile; en efecto, es saber dar una palabra, testimoniar con el ejemplo y mostrar otros caminos y alternativas de ciudad.

Lo anterior ha de llevarnos a pensarnos de nuevo los espacios físicos y geográficos como lugares de lo sagrado. En ese orden de ideas, es preciso pensar en cuatro tipos de espacios: 1) Los lugares marginales donde los hijos de Dios experimentan a diario un gran sufrimiento a causa de la pobreza, las adicciones, la violencia, la criminalidad y el desempleo, lo que se agudiza cada vez más por el olvido estatal, sumado a esto la estigmatización y la discriminación del resto de la sociedad; 2) Los lugares centros de poder político y económico donde se toman las decisiones que afectan positiva o negativamente a la sociedad; a esos lugares es preciso llegar para sensibilizar a partir del itinerario espiritual del Evangelio, así como para denunciar las injusticias y la corrupción de sus acciones, las cuales agudizan más la situación de los primeros; 3) Los lugares de comodidad y estabilidad socioeconómica, donde se encuentra una buena parte de la población, que, aunque con esfuerzo ha logrado beneficios y estatus social, se olvida de los que no los tienen, al punto de considerar a los pobres como responsables de su condición.

En estos lugares se corre el riesgo de creer que la ciudad está bien porque ellos están bien. La Palabra les recuerda que el Reino de Dios y sus bondades son para todos, por lo que es preciso seguir luchando por una ciudad para todos; y 4) Los lugares religiosos, que ajustados muchas veces a la lógica de progreso y desarrollo de la gran ciudad, anulan su espíritu profético y solidario con los hermanos y se concentran más en la sostenibilidad financiera que en nutrir la conciencia espiritual del creyente, lo que se traduce en apuestas pastorales masivas de la emoción o de la conservación, cuando las personas y la ciudad necesitan de otro espíritu, de otra lógica. En estos espacios se ha de invitar a la conversión pastoral de acuerdo con lo que sucede y pasa en la ciudad.

Llegar a estos espacios es la posibilidad de rescatar a muchos gracias a la vida que se comunica con el testimonio y la Palabra; al mismo tiempo es la posibilidad de una renovación de la ciudad a partir de la renovación-conversión de todos los grupos sociales.

Lo expuesto a lo largo del texto y las conclusiones anteriores, tiene como propósito ayudar a comprender que “la reflexión pastoral acerca de la ciudad busca criterios de discernimiento para captar el *kairos*” (Galli, 2014, p. 33). Con esto pretendo decir que la ciudad, a pesar de sus pecados, sigue siendo un lugar que tiene magia, porque allí también la vida ha sido posible en medio de la cultura de muerte que muchas veces suele imponerse.

Precisamente eso es lo que me lleva a pensar que la ciudad también puede ser un lugar salvífico permanente y no de excepciones. Aunque sé que en nuestras ciudades hay muchos lugares en que la vida es lo fundamental, me gustaría compartir un mensaje que encontré en un almacén de alimentos hace cerca de dos años y que me llenó de esperanza: “*Los domingos no abrimos porque descansamos y compartimos con nuestras familias*”. Ese pequeño letrero me permitió experimentar lo que dijo el vidente de Patmos de ver la Ciudad Santa descender del cielo. Si logramos que muchos más letreros de esos cuelguen en las puertas de empresas, industrias, centros comerciales y demás, es porque la renovación de la ciudad ha empezado.

Referencias

- Alcácer, J. M. (2015). *El día sin noche. La pascua en los himnos del Apocalipsis*. Editorial San Esteban.
- Álvarez, A. [Alfonso] (1992). *Mística y secularización. En medio y a las afueras de la ciudad secularizada*. Sal Terrae.
- Álvarez, A. [Ariel] (2005). *La nueva Jerusalén, ¿ciudad celeste o ciudad terrestre? Estudio exegético y teológico de Ap 21,1-8*. Verbo Divino.
- Azcuy, V. (2009). Apuntes para una teología de la ciudad. En el camino hacia una reflexión interdisciplinaria. *Teología*, XLVI(100), 481-501.
- Baptista, J. (1996). La Iglesia en la ciudad. *Perspectivas Teológicas*, 74, 11-45.
- Clarín (17 de abril de 2020). *Byung-Chul Han: vamos hacia un feudalismo digital y el modelo chino podría imponerse*. https://www.clarin.com/cultura/byung-chul-vamos-feudalismo-digital-modelo-chino-podria-imponerse_0_QqOkCraxD.html
- Comblin, J. y Calvo, F. J. (1971). *Teología de la ciudad*. Verbo Divino
- Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) (1979). *Puebla: La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*. III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (27 de enero - 13 de febrero de 1979).
- Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) (1994). Medellín. En C. C. *Latinoamericano* (pp. 69-240). Retina.
- Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) (2007). *Documento de Aparecida*, V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Aparecida, 13-31 de mayo de 2007).
- Costadoat, J. (2018). Los pobres como lugar teológico. Dificultades con la conceptualización. *Estudios Eclesiásticos*, 93(364), 231-241.
- De la Torre, F. J. (2018). La cultura del encuentro en el Papa Francisco y en Ramón Llull. *Boletín de Historia de la Tercera Orden Franciscana*, 7, 103-136.
- Dietrich, L. J. (1999). Ciudadanía: Rescatar la dignidad de ser. *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana (RIBLA)*, 32, 19-34.
- Fernández, L. (2014). *De Babilonia a la nueva Jerusalén: ¿Hay salvación en la ciudad?* <http://hermanasdelaprovidencia.cl/de-babilonia-a-la-nueva-jerusalen-hay-salvacion-en-la-ciudad/>
- Galli, C. M. (2014). *Dios vive en la ciudad. Hacia una nueva pastoral urbana a la luz de Aparecida y del proyecto misionero de Francisco*. Ágape.
- Harari, Y. N. (2016). *Homo Deus. Breve historia del mañana*. Penguin Random House.

- Hurtado, L. (2017). *Destructor de los dioses. El cristianismo en el mundo antiguo*. Ediciones Sígueme.
- Niño, F. (1996). *La Iglesia en la ciudad*. Tesis doctoral, Universidad Gregoriana de Roma.
- Noguez, A. (2019). *Apocalipsis. Relato, historia y mensaje de resistencia*. Verbo Divino.
- Porras, E. (2019). *Ciudades 5G - Hacia un modelo de innovación*. <https://ceabad.com/2020/08/10/ciudades-5g-hacia-un-modelo-de-innovacion/>
- Ramis, F. (2019). *Mesopotamia y el Antiguo Testamento*. Verbo Divino.
- Rusell, S. (2000). La liturgia en el Libro del Apocalipsis. *Colección de Artículos, Seminario Evangélico Unido de Teología, 1(10), 1-4*.
- Scannone, J. C. (1994). Situación de la problemática del método teológico en América Latina. *Revista Medellín, 78, 255-283*.
- Segalla, G. (1989). *Panoramas del Nuevo Testamento. 4ª Edición*. Verbo Divino.
- Stark, R. (2009). *La expansión del cristianismo. Un estudio sociológico*. Trotta.
- Susin, L. C. (2007). *Una ciudad para Abel. Ángulos de una teología de la ciudad*. Ponencia presentada en el I Congreso Internacional de Pastoral Urbana, México.
- Susin, L. C. (2013). La ciudad que Dios quiere: una plaza y una mesa para todos. *Revista Medellín, XXXIX(155), 341-355*.
- Támez, E. (1991). *Contra toda condena. La justificación por la fe desde los excluidos*. Departamento Ecueménico de Investigaciones (DEI).
- Vanni, U. (1998). *Apocalipsis. Una asamblea litúrgica interpreta la historia*. Verbo Divino.